

ENCUESTA SOBRE HISTORIA DE LAS IDEAS (II PARTE)

HUGO E. BIAGINI

Nació en Buenos Aires, en 1938. Licenciado en Filosofía, Universidad Nacional de Buenos Aires, 1966. Doctor en Filosofía *cum laude*, Universidad Nacional de La Plata, 1972. Es Profesor Titular de Historia de las Ideas Argentinas en la Universidad Nacional de La Plata, e Investigador del CONICET. Es Profesor Titular del Doctorado en Historia de la Universidad de Belgrano. Profesor en el postgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Río Cuarto (1989) y Catedrático del Centro de Estudios Constitucionales, Madrid (1992). Investigador del Centro de Estudios Filosóficos, Academia Nacional de Ciencias (1974); Becario de la Organización de Estados Americanos (1978); Investigador invitado de la Universidad de California, Los Angeles (1977); Director de IPAL, Sección de Investigaciones sobre Pensamiento Argentino y Latinoamericano, Academia de Ciencias (1981); Miembro fundador de la Sociedad Argentina de Análisis Político (1982); Miembro fundador Asociación de Hispanismo e Iberoamericanismo Filosófico (1988); Director del Seminario de Investigaciones en la Oficina Cultural de la Embajada de España en Argentina (1992). Director del *Boletín de Historia* (FEPAL). Es autor de: *Cómo fue la generación del Ochenta* (1980); *Educación y Progreso* (1983); *La Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación* (1984); *Panorama filosófico argentino* (1985); *Filosofía americana e identidad* (1989); *Historia ideológica y poder social*, 3 vols. (1992); *Redescubriendo un continente. La inteligencia española en el París americano* (1993); *Dos finales de siglo. Nuestra América entre los Estados Unidos y España* (en prensa). Ha compilado: *El movimiento positivista argentino* (1985); *Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista* (1989).

1. Cómo recuerda usted el período de su formación intelectual?

Con tanto claroscuro y desengaño, como los que se ciernen detrás nuestro, "mi época" -según suele proclamarse desde ese realismo candoroso que nos ancla en el pasado- puede haber sido una de las mejores, al menos si se la toma dentro de la privilegiada estudiantina universitaria.

Efectivamente, entre el 56 y el 66, se fue recuperando, con odiosas purgas profesoras y todo, la castigada autonomía académica en el país, tras un cuarto siglo

donde los poderes de turno quebrantaron la fecunda pero volátil tradición reformista latinoamericana, que luego volvería a ser drástica y extensamente interrumpida. Detallada también entonces el símbolo redentor de la unidad con el movimiento obrero, cuando nos encolumnábamos con los trabajadores para que se les devolviera su personería gremial y cuando algunos intrépidos caíamos en el cerco policial hasta dar con nuestros huesos en la prisión de Caseros junto a la crema más combativa de los líderes laborales. Allí quedaba nuestro paso por la oficina de Extensión Universitaria, guiados por Amanda Toubes y Lito Marín, con quien llevábamos un archivo diario del acontecer político y sindical.

En una vorágine de adhesiones y rechazos abismáticos, vernáculos o transnacionales, nos solidarizamos con la revolución en marcha y casi nos fuimos a romper lanzas en la Sierra Maestra junto con los delegados cubanos que habían visitado el "antro" de Viamonte para adentrarnos en su mítica gesta. Nuestra falta de aptitudes logísticas, nos llevó en cambio a incorporarnos al MALENA para reclamar nada menos que la liberación social y nacional de la mano de Ismael Viñas y Doña Celia de la Sema de Guevara Lynch, la increíble madre del Che. En materia doméstica hicimos guardia durante una noche interminable velando armas para defender el bastión del rectorado, donde moraba nuestro rey-filósofo, Risieri Frondizi, amenazado por la pesada reaccionaria de Tacuara, a la cual finalmente logramos ahuyentar. Sin embargo, terminaríamos perdiendo la batalla principal que encabezó el propio Risieri y cuyas nefastas implicancias todavía no alcanzábamos a percibir: la pugna por el laicismo y la enseñanza pública.....

Disconformes hasta con nosotros mismos, seguimos la tónica en boga y nos albergamos en La Clínica belgranense de Fontana, donde, con el LSD y otros alucinógenos, se incentivaban los delirios persecutorios, hasta hacemos cargar sobre nuestras espaldas todo el mal radical que arrastraba consigo la especie humana en su conjunto. Presuntamente alentado por el paraíso bauleraireano, por la empiria renovadora de Aldous Huxley o por el erotismo post-victoriano de D.H. Lawrence, al salir de mis primeras sesiones maratónicas de psicoterapia tan aturdidamente despersonalizado como había ingresado a ese altar de la neurosis, garabateé los siguientes versículos:

Todas venían a ser ilusiones de los sentidos, / pero sin mirar ni oír ni nada. / El brazo de ella, peludo y con el reloj de él. / La imagen de él en el espejo era -oh!- la mía. / Ella empezó siendo mi abuela, ay!, y luego qué? / Y siempre el reloj para adelante y para atrás..... / hasta que dijo basta. / Estaba la oreja solamente desprendida / pegándose al suelo / con la hebilla del águila yanqui daba vuelta / para hacerlas creer que sí pero no tanto, / que en cualquier momento cuando quisiera podía reputear. / La casa era la de ellos y me tenían, / y yo me reía pulmón en mano. / Desde los tacos altos sobre cuatro patas / todo se probó. / Y más luego qué? / No se si debemos vomitar en las alfombras / Porque los baños son refugios de puros santos cerdos / como las manos cruzadas en la espalda que se tocan / el culo y la p... también. / Ya sé que esto lo digo para estar en gracia con Dios.

2. Se puede decir que su obra, de alguna manera, se relaciona con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras?

Un tema como el de las influencias y receptividades que cada quien puede contener debe explicitarse dentro de una cuestión lógicamente previa, a saber, cuál es o en qué consiste a la postre el trabajo acometido y el grado de reconocimiento que el mismo pueda concitar dentro de la crítica especializada.

Siempre me interesé por los estudios tendientes a interpretar la evolución filosófica en sus nexos con la realidad histórica. Antes de concluir mi licenciatura participé en el grupo de investigaciones en filosofía moderna y en cursos y reuniones con ese maestro inolvidable que fue José Luis Romero, donde se buscaba desentrañar las mediaciones entre la reflexión teórica y la acción social.

Con ese trasfondo primerizo, me puse a trabajar en torno a la construcción lockiana del liberalismo, labor que sería destacada por parte de diferentes autoridades en la materia (Peter Laslett, Walter Euchner, Christopher Hill, Maurice Cranston, Roland Hall y otros). Luego decidí no restringirme al aspecto genético del liberalismo y me ocupé en efectuar una interpretación crítica de su sentido más actual junto con el de la mentalidad tecnocrática. Todo ese bagaje doctrinario me permitió moverme con mayor desenvoltura dentro de la historia intelectual argentina y latinoamericana, la cual difícilmente puede ser entendida sin el referente de la ideología liberal. Desde entonces, me consagré con mayor ahínco al pensamiento nacional, aunque sin abandonar las preocupaciones filosóficas de fondo.

Una parte de mi labor ha apuntado a establecer delimitaciones semánticas y propedéuticas dentro del difuso campo de las ideas continentales. Otra faceta está ligada con el intento por refutar algunas versiones canónicas sobre asuntos generacionales o sobre el indigenismo, las caracterologías colectivas y el problema de la identidad. He mantenido una actitud polémica con respecto a la concepción krausista, a la penetración del pensamiento estadounidense, a la historiografía y la educación argentinas, etc. Asimismo, he procurado aportar nuevos elementos de juicio en lo que atañe a la mentalidad racista, la noción de progreso, el positivismo y el antipositivismo, el exilio y la emigración españolas, o la revolución francesa. Además de haber dado a conocer algunos hallazgos documentales, me preocupé por rescatar del olvido varias figuras intelectualmente relevantes para su propia época... ¡Algo así como el cielo y la tierra en una pequeña maceta!

Por ende, mis trabajos se enrolan dentro de una tradición que, localmente, cuenta entre sus filas a quienes abrieron el juego disciplinario como Kom e Ingenieros; juego proseguido por Alberini, Guerrero y Francisco Romero hasta culminar con la obra de Arturo Andrés Roig, con el cual se produce una decisiva innovación conceptual y material dentro del filosofar iberoamericano. El mismo Roig ha tenido la deferencia de aludir a mi *modus operandi* y a sus vínculos con otras vertientes interpretativas: "Biagini tiene clara conciencia de la necesidad de una ampliación respecto de la comprensión epistemológica del saber filosófico..... Una parte

significativa de la investigación historiográfica europea contemporánea viene a darle la razón..... Un Derrida o un Foucault han revertido en Europa el método y, desde la tradicional investigación de la filosofía, han acabado preguntándose por una historia de las ideas, más allá de la definición que este tipo de saber les haya merecido..... Creo que respecto de Biagini podríamos aventurar la tesis -visible en otros investigadores latinoamericanos tales como el peruano Francisco Miró Quesada o el ecuatoriano Hernán Malo González- de que despusa una integración de las dos líneas de trabajo....."

En cuanto a mi cosmovisión general, si bien he abordado frecuentemente una tendencia elitista y eurocéntrica me siento mucho más próximo al legado de Martí y Darío que a los lineamientos sarmientinos. Ello lo he puesto de manifiesto a través de un indeclinable compromiso hacia las causas populares que me ha llevado por ejemplo a defender el quehacer político en plena veda militar o a objetar el modelo neoconservador de los últimos tiempos.

3. Cuál fue el clima intelectual en su período formativo? Estuvo conectado con grupos o intelectuales que fueron importantes en su formación?

Mis primeros pasos universitarios tuvieron lugar con la caída del peronismo, cuando se acentuaron los debates teórico-prácticos en torno a la libertad y pululaban las más variadas crisis existenciales. En "Filo" me integré a la militancia estudiantil que supuso al principio un ingenuo cuestionamiento a los concursos docentes y poco después el casamiento con una compañera junto a una familia precoz que prolongó mi carrera y me mantuvo alejado de la vida bohemia. Allí tuve ocasión de toparme desde el vamos con "la cosa cosal" de Angel Vassallo, de desafiar en el otro polo académico la versión de Mario Bunge sobre las infinitas contradicciones del refranero, de abismarme en las pulcritudes hegelianas de Mercado Vera o de responder a los planteos de un profesor visitante, Irving Louis Horowitz, con relación a la premisa mannheimiana del intelectual socialmente desarraigado. También asistí a los Cursos Internacionales de Temporada organizados por la UBA y a los que se impartían en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Mi principal núcleo de pertenencia estuvo constituido por Emilio de Ipola, Vanni Blengino y algunos otros compañeros que nos precedían: León Sigal, Sofía Fisher, Ernesto Laclau, Marco Galmarini, Miguel Murnis. Con ellos compartimos nuestra veneración hacia figuras como las de Jean Paul Sartre y en el campo interno nos sentimos mucho más representados por la gente de *Contorno* que por las veleidades del grupo Sur, uno de cuyos exóticos exponentes, Lanza del Vasto, nos despertó un rechazo visceral durante su presentación en la "Facul". Ciertos fines de semana nos reuníamos en lo de un viejo anarquista, que trabajaba en el Centro de Estudiantes, para compartir suculentas porciones de pizza y disfrutar de su implacable sabiduría mundana. Una noche y en otra casa, la de Oscar Masotta, nos encontramos con un pensador que en un santiamén había pasado del entronizamiento a la proscripción:

Carlos Astrada, a quien escuchamos exponer como si nos hallásemos en una sesión de espiritismo frente al mismo oráculo de Delfos redivivo.

La noche de los bastones largos coincidió de algún modo con nuestro egreso y con un camino más solitario que implicó mi pasaje como becario del Conicet, bajo la gafa de Ambrosio Gioja y Eugenio Pucciarelli, al cual secundé en algunas empresas culturales que me permitieron foguearme en la ardua trastienda del intelecto. También conocí por ese entonces a una personalidad con fuertes reflexiones ideológicas y un noble corazón aún no desgarrado por la intolerancia. Me refiero a Rodolfo Agoglia, quien me abrió las puertas de la universidad platense y dirigió mi tesis doctoral. El llamado perfeccionamiento en el exterior me permitió entrar en contacto con dos especialistas de primera: Juan Carlos Torchia Estrada en los Estados Unidos y Arturo Ardao durante su exilio venezolano. Una experiencia muy feliz de aquella época estuvo centrada en mi amistad con ese lúcido e íntegro intelectual que es Ricardo Pochtar; amistad no interrumpida hasta ahora pese a su sostenido distanciamiento del país y del mundillo académico.

4. Cómo realiza, por lo general, su tarea intelectual? Discute sus trabajos con otros colegas? Se dedica exclusivamente a la investigación o combina dicha actividad con otras? Lee a otros autores cuando está elaborando su trabajo?

En este rubro, como en tantos otros, no existen misterios iniciáticos. Fundamentalmente, se trata de soldar lo más posible y sin metáfora alguna la nalga al asiento -o viceversa- hasta que se alcance una consustanciación entre el objeto animizado y el sujeto cosificado, al punto de que la silla termina sentándose sobre uno mismo y se transforma en fuente inspiradora, como una madre que va conduciendo anatómicamente la mano de su párvulo para enseñarle los rudimentos de la escritura.

Pese a que entre nosotros no está tan extendido como en otras latitudes el intercambio de borradores entre los pares académicos, intentamos mejorar la gestación de nuestro trabajo mediante otros expedientes. En mi caso personal, suelo recurrir a otra variante no menos clásica: presentar y discutir mi producción inédita en congresos, jornadas, coloquios, seminarios, conferencias, paneles u otros encuentros profesionales dentro y fuera del país. Ocasionalmente, yo mismo he organizado algún simposio donde se invitaron a colegas extranjeros para debatir una problemática puntual que me hallaba investigando con un equipo *ad hoc*. También me resulta provechoso enviar colaboraciones a revistas con referato donde se expiden por escrito acerca del valor o las limitaciones del paper remitido.

Como alterno la investigación con labores docentes, no sólo pretendo alimentar la segunda con los frutos de la primera, como resulta relativamente habitual y sumamente deseable, sino que además he podido articular un sistema pedagógico por el cual los alumnos, tanto egresados como de grado, realizan actividades directa o indirectamente vinculadas con proyectos superiores de investigación. Con ello se logra un efecto multiplicador cuyas consecuencias ya se han traducido en varias

obras orgánicas que han contado con la expresa incorporación de jóvenes estudiantes a tareas en las que tradicionalmente sólo estaban restringidas a personas con otro grado de maduración.

Más que a recurrir a otras compulsas bibliográficas distintas a aquellas fuentes que se vinculan con mis preocupaciones circunstanciales durante el proceso de elaboración, prefiero acompañarme con un trasfondo musical, especialmente el de corte afroamericano, desde la salsa caribeña hasta el jazz negro. Así condimento mis textos con diferentes fuerzas sincopadas, v. gr., el jungle style del primer Ellington, la nueva trova, Rafael Cortijo y su combo, la voz aguardentosa de Billie Holliday, los repiques de Lionel Hampton o los graznidos saxofónicos de Eric Dolphy junto al tableteo infernal de Charlie Mingus.

5. Cuáles serían los rasgos mas importantes que debería reunir un historiador de las ideas?

Sin confiar demasiado en los recetarios para terceros en discordia, sólo puedo darles mi propio parecer al respecto, el cual, como en otros órdenes de la vida, resulta más fácil predicar que traducirlo en acciones.

Quien se dedica a esta clase de estudios debe sobreponerse a las restricciones de nuestra historiografía tradicional, tan ajena a los encuadres teóricos, éticos e interdisciplinarios y tan sumergida en el racconto documental que termina por perder de vista la sustancia básica de su emprendimiento: el ser humano y su conflictividad social. Quien se ocupa del devenir ideológico tendrá que esforzarse, aún más que en otras disciplinas históricas, por asociar el recaudo erudito y estilístico con la perspectiva crítica y valorativa, estableciendo la conjunción imprescindible de episodios, procesos, testimonios, sensibilidades, intereses y construcciones intelectuales en juego.

A las diversas corrientes, doctrinas, cosmovisiones y elaboraciones conceptuales no hay que encararlas en tanto concepciones puras, al estilo filsofista, sino como integrando un discurso que encierra algunos principios claves, v. gr., el de la sustentación del poder, o sea, abordar a aquéllas en sus correlaciones con la dinámica socio-política y económica de la cual dimanar en definitiva, reoperando también sobre la misma. Para ello conviene apelar a puntos de vista como los que ofrece la sociología del conocimiento, la teoría de las ideologías o el marxismo crítico; ópticas estas a las cuales yo mismo he recurrido en distintas oportunidades.

Si nos detenemos en nuestra frustrante realidad latinoamericana, una coordenada vertebral para el historiador de las ideas se vincula con la pugna por la liberación de nuestros pueblos así como las racionalizaciones que se han formulado para entorpecerla. En ese terreno, nos movemos bipolarmente, entre una mentalidad elitista y proimperial y la configuración de posiciones demitificadoras que apuntan a una forma de desarrollo integral, equitativo y soberano, aunque sin obviar la enorme variedad de matices y mediaciones que intervienen en ambos casos. Se trata

entonces de una rama del conocimiento que puede contribuir, muy específicamente, a tornar patente el marginamiento que hemos sufrido por parte de las potencias hegemónicas y a evidenciar las semejanzas y diferencias, las sincronías y las asincronías, con respecto a la cultura nortatlántica.

La historia del pensamiento se presenta no sólo como disciplina que engloba críticamente a los distintos campos del saber. Además viene a poner de manifiesto las formas en que se ha asimilado o desafiado el bagaje de ultramar, tanto para mantener el statu quo cuanto para promover cambios fundamentales. En tal sentido le corresponde analizar las relaciones de subordinación que a menudo se esconden tras el aparato enunciativo, trasuntando por ejemplo en qué medida la presunta evangelización de América resultaría una manera de encubrir el despojo y la explotación.

Cabe asumir por fin que estamos frente a un tipo *sui generis* y decisivo de enfoque hermenéutico, según el cual la búsqueda de lo objetivo coincide con el develamiento y la realización de la dignidad humana, con nuestra necesidad de autoafirmarnos.

6. Cuál es, a su entender, la situación actual de la historia de las ideas? En su opinión, existe algún debate dentro de esta disciplina?

Además de la crisis profunda que se halla afectando hoy a diferentes paradigmas epistemológicos, por ejemplo, en cuestiones tan prominentes como las del valor específico que puede otorgársele al desenvolvimiento histórico y a sus respectivos protagonistas, nuestra disciplina debe decidirse a afrontar de una vez por todas diversos temas cruciales, entre los cuales descuellan sus criterios de periodización, las dicotomías y reduccionismos que se han utilizado con fines opresivos, el pensamiento y la praxis indígenas, las utopías americanas, la cultura y la contracultura, los estudios comparados entre expresiones afines o disímiles.

Pruebas al canto, en ese último sentido he concluido un volumen donde abordo las ideas latinoamericanas durante los dos finales de siglo, el XIX y el XX, junto al revivalismo occidentalista y en relación con la atmósfera cultural de la misma época nosotros: los Estados Unidos y España; cuyas dominaciones y potestades, según rotulaba Santayana, han sido mucho más mentadas que objeto de rigurosa investigación.

Asimismo, considero de trascendental importancia para la historia de nuestras ideas centrar la atención en aquellas manifestaciones no sólo vernáculas sino también en las modalidades que se han proyectado más allá de nuestro propio territorio, sin constituir una simple prolongación o reverdecimiento del panorama europeo, como es el caso de la revolución estética producida por el modernismo, sobre la cual me he venido ocupando incidentalmente. Estoy aludiendo también a otros fenómenos donde se ha revertido la remanida dirección Norte-Sur, al estilo de lo que ha significado el mencionado movimiento de la Reforma Universitaria, el cual

se ha adelantado con creces a los levantamientos estudiantiles de la década del sesenta. Una cuota similar de originalidad podría atribuírsele a la teología de la liberación o a la pedagogía de un Pablo Freire.

Entre las controversias más latentes se encuentran algunos asuntos fundantes, como el diferendo acerca del alcance de nuestra cultura y de nuestra filosofía continentales, su mayor o menor universalidad, autenticidad y dependencia; o la dimensión exclusivamente profesionalista o eminentemente pragmática que debe asignársele a una disciplina como la historia de las ideas, si la misma debe restringirse a una función técnico-académica o si tiene que estar encaminada, por ejemplo, a incrementar los grados de conciencia y participación social.

Si bien me vuelco habitualmente hacia ese último modelo operativo tampoco me veo arrojando de consuno la casa por la ventana, como lo han señalado muchos de mis comentaristas. Por ejemplo, el filósofo José Luis Abellán, en alguno de los ratos libres que se tomó durante la redacción de su monumental historia del pensamiento español, lo acaba de poner así: ".....El pensamiento de Biagini resulta, en este aspecto, altamente interesante, ya que su sentido crítico no elimina su profundo carácter integrador. Estamos pues, ante un espíritu progresista y universal que no elude su deuda con lo mejor de la tradición argentina y española, razón por la que se hace perentorio de aquí en adelante no perder de vista las evoluciones de este gran intelectual" (*Diario 16*, Madrid, 24 julio 1993).

7. Cuáles fueron los libros de historia de las ideas que más lo impresionaron en su vida intelectual? Por qué?

Sólo señalaré un puñado de obras entre aquellas que me han permitido penetrar magistralmente en diversas épocas, regiones y tópicos; aun cuando consideremos que no todos los trabajos mencionados representan el libro de cabecera o aquel otro que uno se sentiría más dispuesto a rescatar en medio de una catástrofe.

Arnold Hausser nos hizo conocer su *Historia social del Arte*, en la cual aplicó esclarecedoras categorías hermenéuticas al fenómeno literario y plástico de los períodos más avanzados. Por su parte, con *Psique*, Erwin Rohde nos ofreció una novedosa aunque disputada imagen de la Hélade, introduciéndonos de lleno, mediante un miraje nietzchiano, en el orfismo y los cultos dionisíacos. No menos significativos ni hermoso nos resultó un libro de Lucien Fevre para comprender la transición mental del feudalismo a la modernidad en Francia: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI*. Siguiendo un orden cronológico, tenemos el texto sobre la doctrina política del individualismo posesivo donde C.B. Macpherson desenmas-caró como pocos autores el ideario contractualista e iusnaturalista anglosajón.

Con relación a la historia contemporánea, me permito incluir tres títulos más. Un compendio acerca de Latinoamérica en el siglo XIX, *The Poverty of Progress*, escrito por Baradford Burns, escapa al esquematismo liberal predominante en los estudios norteamericanos sobre nuestro medio. El equilibrado análisis y balance del krausismo

español a cargo de ese perspicaz pensador socialista que es Elías Díaz, junto a un clásico en torno a la génesis del espíritu depredador, con especial referencia a la sociedad estadounidense: la *Teoría de la clase ociosa* de Thorstein Veblen.

Por últimos, una pieza que vino en parte a suplir la escasez reinante en cuanto a los problemas metodológicos suscitados por la historiografía ideológica a nivel continental. Estoy pensando en el libro publicado recientemente en México por Horacio Cerutti Guldberg, *Hacia una metodología de la historia de las ideas (filosóficas) en América Latina*. Allí se plantean distintas encrucijadas que no podemos soslayar si deseamos emprender un análisis maduro de la disciplina pertinente y sus principales objetos.